

MEDITACIÓN XVII

El santo anciano Simeón

- I. Hállase preparado para la gracia que recibe.
- II. ¿Qué gracia es esta?
- III. Qué frutos recibe de ella.

PUNTO I

Simeón hállase preparado para la gracia que recibe en el templo

Nos refiere el Evangelio que «era un varón justo y que temía á Dios..... Que esperaba el consuelo de Israel.» Creía en las divinas promesas, y viviendo en esta fe, vivía en la justicia, no teniendo otros temores que disgustar á Dios, ni otros deseos sino ver en la persona del Mesías el consuelo y salud de su pueblo. Transcurrían los siglos. Ya habían muerto tantos patriarcas y profetas que como él esperaban, sin que vieran realizadas sus esperanzas; sin embargo en él había gran confianza: esperaba, *expectans*; pero ¿qué? *Consolationem Israel*. El Espíritu Santo que moraba en él, le desengañaba de todos los falsos bienes y dirigía todos sus afectos hacia el Mesías.

¡Oh alma mía! déjate conducir por el mismo espíritu de verdad; dejarás de ir en pos de sombras vanas, no tendrás ya deseos, ni aspiraciones sino por Jesús. Si tus consuelos se diferencian, espera con paciencia; después de haber esperado, sigue esperando aún: *expecta, reexpecta* (1). Di con el Real Profeta. *Expectans expectavi Dominum* (2). No llegará quizá sino al fin de mi vida, y una sola vez y por un momento; como á Simeón me será dado el ver á Jesucristo con

(1) Is., XX, 13.

(2) Ps. XXXIX, 1.

esta íntima mirada que vale siglos de felicidad. Estas gracias, únicas en sí mismas, cuyo primer rasgo no se repite, ordinariamente hácelas Dios esperar largamente, á fin de que el gozo sea más dulce, la impresión más profunda. Pasan rápidamente, pero queda un perfume que las prolonga en cierta manera y las renueva con el recuerdo.....—Tal fué la preparación remota de Simeón al favor que le estaba reservado; hé aquí su preparación próxima:

Et venit in spiritu in templum. Obedece á una inspiración que le obliga ir al templo, y de ir allá á toda prisa. Ignora, al menos distintamente, lo que allí podrá encontrar; pero siente que Dios le llama..... Sí, vayamos nosotros al templo *in spiritu*, si queremos encontrar allí á Jesús; pero no vayamos por costumbre y por rutina: «los verdaderos adoradores adoran en espíritu y en verdad» (1). ¿Es la fe la que me conduce á los ejercicios de piedad, á la recitación del divino oficio, al ejercicio del ministerio sagrado, al adorable sacrificio?... Si no opusiera contradicción al Espíritu Santo, ¿qué consuelos más puros había de gustar en mis entretenimientos con Dios y sobre todo en el banquete eucarístico!

PUNTO II

Que gracia recibe Simeón en el Templo

Halla al Mesías (2), lo ve, lo conoce, y le toma en sus brazos. El mismo Espíritu que condujera al templo á Jesús, María y José, encamina también los pasos del santo anciano. El buscaba al Salvador, mas el

(1) Joan., IV, 24.

(2) Esta fiesta es llamada por los Griegos, fiesta del encuentro. El género humano, representado por Simeón, va en busca de su esperanza y deseos, delante de su Salvador. En el templo es donde lo halla; allí es donde recibe la divina misericordia en el que es su principio: *Suscepimus, Deus, misericordiam tuam in medio templi tui*. Introito de la fiesta.

Salvador le buscaba á él primero, y deseaba entregarse todo á él, con más ardor del que Simeón tenía por recibirle. ¡Feliz encuentro de un alma con Dios! Habiéndose ambos buscado mutuamente, se ven, se conocen, se unen con lazos muy íntimos. Muchos vieron á Jesús durante los treinta y tres años de su vida mortal; sin embargo no fué conocido sino por aquellos á quienes el Espíritu Santo lo revelara: Simeón tuvo esta dicha. ¡Oh Dios mío, concedédsela á todos vuestros sacerdotes!—*Et ipse accepit eum in ulnas suas*. Era esto más de lo que le fuera prometido: *Responsum acceperat... non visurum se mortem, nisi prius videret Christum Domini*; no se trataba sino de verle. El Corazón de Dios es muy distinto del nuestro: da más de lo que promete, y nuestros dones son siempre muy inferiores á nuestras promesas. Toma al Niño Jesús entre sus brazos: *Inter brachia sua amplexans, et ad sinum pectusque suum ardentissime et suavissime applicans* (1). ¿De dónde tanta confianza? De su humildad, de su pureza, de su amor, pues todo se expresa por estas palabras: *Justus, timoratus, expectans consolationem Israël*. ¿Qué sucede entonces en su alma? ¿De qué fuego divino se siente inflamado, cuando se ve en posesión de un tesoro que con tan vivas ansias ha deseado, que por tanto tiempo fué el objeto de sus esperanzas? No dice como la Esposa de los cantares: *Inveni quem diligit anima mea; tenui eum nec dimittam*; pero sabemos con qué palabras expresa los trasportes de alegría de que se ve inundada su alma.—¡Oh Sacerdote, compara el beneficio insigne que le fué concedido con el que tú diariamente recibes! ¿No ves bajo las apariencias de pan y vino al mismo Dios Todopoderoso que él bajo la apariencia de un niño tierno? ¿Son tus manos menos honradas que las suyas? ¿Son empleadas en ministerios menos sagrados? Aquel ^{que} quien tiernamente apretó contra su pecho, ¿no lo introduces más dichoso aún en tu mismo cuerpo?

(1) Corn. a Lap.

PUNTO III

Frutos que recibe Simeón de la gracia que le fué concedida.

Desapego de todas las cosas de la tierra, santos deseos del Cielo y celo ardiente de propagar la salud al propagar el amor á Jesús. No había deseado la prolongación de sus días sino para tener la dicha de ver á Cristo su Señor y rendirle de ello público testimonio; ahora que ve sus deseos cumplidos, no hay nada que pueda ya ligarlo á la vida. Cuando se han experimentado los auxilios divinos y se ha visto á Dios con la luz del divino Espíritu que infunde en el alma con suavidad celestial, la seguridad de que han sido perdonados sus pecados y una especie de presentimiento de la felicidad sin fin, ¡ah! entonces se necesita mucha paciencia para vivir; la muerte se desea, siendo en este caso muchísimo más dulce que la vida....—¡Oh, buen Sacerdote! ¿No sería para tí una ganancia tan grande como lo fué para el santo anciano? A él le abrió las puertas del Limbo; á tí te abrirá las del Cielo. Cuando por una Comunión ferviente poseemos á Jesucristo, ¿nos será difícil la separación de las criaturas? Cuando se ha hallado el manantial y el río, ¿qué necesidad hay de acudir á sus afluentes?

De Simeón está escrito que habiendo llegado su dicha al colmo, teniendo en sus manos á Aquel que era á la vez su sostén, le bendijo: *Et benedixit eum*. «La bendición que á Dios damos, dice Bossuet, viene de la que El mismo nos da á nosotros. Dios nos bendice cuando nos prodiga sus bondades; nosotros le bendecemos cuando, reconociendo que todos los bienes que tenemos son debidos á su bondad, y que no podemos ofrecerle nada, alabamos de todo corazón sus perfecciones infinitas, haciéndolas motivo de nuestra alegría.» El Espíritu Santo que manifiesta al santo anciano las prerrogativas ocultas del divino Niño le hace abrasarse al mismo tiempo del de-

seo de hacerlo conocer, é inmediatamente celebra sus grandezas en sublime cántico que las naciones repetirán de siglo en siglo: *Nunc dimittis*. Lo ensalza como luz de las naciones, como gloria de Israel, como salud de todos los pueblos.

Semejante lenguaje no podía ser desconocido á María y á José; no obstante el Evangelista hace notar la admiración de que se hallaban poseídos mientras le escuchaban. ¡Oh! ¡Cuánto amor en esta admiración! ¡Qué manera tan excelente de honrar los misterios del Salvador! El primer efecto del amor es de hacer admirar lo que se ama. Considerar con recogimiento las maravillas de la caridad de Jesucristo, abismarse en el pasmo del reconocimiento sin el deseo de pronunciar palabra ni interior, ni exteriormente es una alabanza perfectísima: *Tibi silentium laus*. ¡Oh Luz de toda luz! ¡Brillad en mí con toda la claridad de una fe viva! Gloria de Israel, gloria de Dios, gloria y hornato del universo, Jesús mío, Vos sois mi gloria, pero no quiero glorificarme sino en Vos, pues únicamente vuestra Cruz es la que me enseña lo que valgo; y mis debilidades, que humillándome me purifican, me hacen menos indigno de unirme con Vos. ¡Oh salud de todos los pueblos! Sed también la mía y concededme la gracia de poder cooperar á la de mis hermanos.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Simeón hállase preparado para recibir en el templo á la divina gracia*.—Era justo y temeroso de Dios, esperaba el consuelo de Israel. El Espíritu Santo que en él moraba, lo había desengañado de todos los falsos bienes y dirigía todos sus afectos hacia el Mesías. ¡Oh alma mía! Déjate guiar por el mismo espíritu; sus inspiraciones no serán sino por Jesús.... Tal fué la preparación remota de Simeón: hé aquí la próxima.—Diríjese al templo llevado por el Espíritu de Dios.... Acudamos al templo, á la oración, mas no por rutina; que nos conduzca á ella el espíritu de fe.

PUNTO SEGUNDO.—*Gracias que recibe Simeón en el templo*.—Halla en él al Mesías, lo reconoce, recíbelo en sus brazos. ¡Feliz encuentro de un alma con Dios, que habiéndose mutuamente buscado se hallan, y únense con lazos muy íntimos! ¡Cuántos vieron á Jesús sin conocerlo!—Simeón recibe más de lo que esperaba: Dios da más de lo que promete. Tomó al Niño en sus brazos. Esta confianza la inspira la pureza, humildad y amor. ¿Qué pasó entonces por su alma? Aquel á quien tan estrechamente apretaba contra su pecho, ¿no es el mismo á quien tengo yo la dicha de introducir en mi corazón?

PUNTO TERCERO.—*Frutos que Simeón recibe de la gracia que en el templo le fué dada*.—Desprendimiento perfecto de todas las cosas de esta tierra, deseo del Cielo y celo ardentísimo. No vivía sino con la esperanza de ver al Mesías: lo ha visto ya: ya en tí ¡oh tierra! no hay nada que lo detenga. Cuando se ama á Dios, se necesita mucha paciencia para soportar la vida. ¡Oh qué dulce debe ser la muerte después de una Comunión fervorosa! El Espíritu Santo, que descubre al santo anciano las grandezas todas de Jesús, lo hace arder en deseos de hacerlo conocer. Lo ensalza como luz de las naciones, como la gloria de Israel, como la salud de todos los pueblos. ¡Oh Jesús! Sed también la salud de mi alma, y concededme la gracia de cooperar á la de mis hermanos!

MEDITACIÓN XVIII

Profecía de Simeón acerca de Jesús y María

- I. Jesús será la ruina y la resurrección de muchos.
- II. El será objeto de contradicción.
- III. El alma de María será traspasada por una espada de dolor.

Los mismos preludios que en la meditación XV.

PUNTO I

Ecce positus est hic in ruinam, etc.

Quando el santo anciano hubo satisfecho su devoción publicando los gloriosos destinos del Niño-Dios que tenía entre sus brazos, le devolvió á sus padres. Estos se consideraban en el colmo de la alegría por lo que acababan de oír; pero los gozos más puros de esta tierra son de muy corta duración. ¡Cuánta angustia debían causarles las últimas palabras del santo profeta! Es á María directamente, es á su corazón de madre á quien se dirigen esas palabras: *Dixit ad Mariam matrem ejus*: «Este Hijo que amas tanto, este Dios hecho Hombre para salvar al género humano, ¡ay! no salvará á todos los hombres. El será para muchos piedra de escándalo. ¡Oh! ¡A cuántos servirá de ruina!...» ¡Un Salvador de almas ser ocasión de la pérdida de estas mismas almas, y no de algunas solamente, sino de muchas: *multorum*: triste misterio de la perversidad humana! Había sido ya profetizado: *Erit Dominus in laqueum et in ruinam habitantibus Jerusalem; et offendent ex eis plurimi, et cadent, et conterentur* (1).

(1) Is., VIII, 14, 15.

San Pablo comprobó ya en su tiempo el cumplimiento de esta profecía, que no ha dejado por cierto de cumplirse en nuestros días: *Offenderunt in lapidem offensionis, sicut scriptum est: Ecce pono in Sion lapidem offensionis et petram scandalí* (1). Los judíos no quisieron recibir á su Mesías: *Et sui eum non receperunt*. Rehusando ellos la luz y la salud que se les ofrecía, se hicieron más culpables y desgraciados por haber abusado de tantos medios de salvación como se les habían proporcionado. He aquí por qué Jesucristo es ocasión de ruina; pero, ¿para quién? Para los que obstinados se ciegan voluntariamente, para los hombres ingratos y envidiosos, para los Escribas y Fariseos, que se obstinan en corresponder mal con quien les hace bien, y no pueden tolerar sus milagros, sus buenas obras, sus virtudes, y el afecto que se había grangeado en el pueblo. Los que no satisfacen la infinita misericordia, esta misma los condena.

¡Oh Jesús! ¡Para cuántos cristianos, y asimismo para cuántos Sacerdotes sois la ruina aun en nuestros días! Ellos conocen la verdad y rehusan seguirla; Vos les aguardáis; Vos insistís en que se acerquen á Vos; les colmáis de favores, mas ¡ay! el colmo de vuestras bondades es el colmo de sus ingratitudes. Ellos hacen inútiles todos los sacrificios que habéis padecido para salvarlos. Ellos pisotean vuestra Sangre, y muy á pesar vuestro os obligan á una ausencia forzosa y á reservarles todos los tormentos que Vos habíais convertido en delicias: *Omnis qui ceciderit super illum lapidem, conquisabitur; super quem autem ceciderit, comminuet illum* (2).

PUNTO II

Et in signum cui contradicetur

Estas palabras son explicación de las precedentes. ¿Por qué el Redentor de los hombres no salva á todos

(1) Rom., IX, 32, 33.

(2) Luc., XX, 18.

los que El ha ofrecido la salvación? ¿Por qué no eleva á todas las almas justas al grado de gloria y santidad á que El las había destinado? Porque ha sido puesto por señal de contradicción. Lo fué durante su vida mortal, en todo sentido y de parte de todos los hombres; y lo es todavía en nuestros días. Sus milagros, su doctrina, su mansedumbre, su dulzura..... todo en El ha sido y no ha cesado de ser atacado y combatido. ¿Qué horrible contradicción no experimentó sobre el Calvario de parte de los pecadores? (1) Aquellos por lo menos le crucificaban sin conocerle: *Si enim cognovissent, nunquam Dominum gloria crucifixissent* (2). El pudo decir con toda verdad á su Padre: «Perdónalos, porque no saben lo que hacen.» Pero ¡cuán doloroso es para su Corazón al verse combatido por aquellos á quienes El ha ilustrado con tanta solícitud y les ha confiado la dirección de sus hermanos! Desear las alabanzas, huir las humillaciones, buscar las propias comodidades y conveniencias; no querer negarse á sí mismos, ni llevar su cruz es contradecir á Jesucristo, es combatir contra El.... ¿No es esto ¡oh Señor! lo que yo hago muy amenudo? A Vos dirijo, Señor, mis palabras, pero mi vida se opone en todo á vuestras divinas enseñanzas y á vuestros ejemplos. No, dice Bossuet, los Judíos que llevaron su sacrílega burla hasta llegar á injuriarle en la Cruz, no fueron tan inconsecuentes como lo somos nosotros para con Aquel que extendía sus brazos hacia ellos (3). ¡Ah! si El en su vida gloriosa é inmortal pudiera ser atormentado, lo sería por esto más que por ninguna otra cosa, y lo sería principalmente por la mano de sus Sacerdotes que le abren las heridas más profundas; he ahí pues el colmo de la contradicción; El nos ha elegido como instrumentos para ejecutar los designios de su amor,

(1) *Recogitate cum qui talem sustinuit a peccatoribus adversum semetipsum contradictionem.* (Hebr., XIII, 3).

(2) I Cor., II, 8.

(3) Rom., X, 21.—Semana 16.^a Elev. 19.^a.

y muchas veces servimos de obstáculo: *Qui alium doces, teipsum non doces; qui prædicas non furandum, furaris....; nomen Dei per vos blasphematur inter gentes* (1). Es muy difícil de creer que una doctrina ha sido enviada del Cielo, cuando tan mal practicada se ve por aquellos que tienen el noble empleo de predicarla. ¡Oh Jesús mío! luego ¿es verdad que yo soy vuestro enemigo, puesto que no he cesado de contradeciros? Mas si yo no pienso en Vos mientras voy por el camino, ¿qué encontraré al término de mi viaje sino un terrible juicio, una severa condenación? (2) ¡Dios mío! os suplico con toda mi alma que me ayudéis á desterrar de mi corazón hasta los últimos gérmenes de oposición á vuestra santa voluntad!

PUNTO III

Et tuam ipsius animam pertransibit gladius

Lo que ha sido contradicción para un Hijo tan tiernamente amado no puede menos de ocasionar un gran sufrimiento al corazón de su Madre. El martirio de María ha empezado ya; Ella no tenía necesidad de oír la predicación del santo anciano para saber que el honor de ser Madre del Redentor le costaría grandes tribulaciones; pero es principalmente en nuestros días cuando Ella siente su corazón desgarrado por la punta de esta espada de que le habla el santo anciano, porque hoy más que nunca se ve obligada á firmar, por decirlo así la condenación de su Hijo al presentarlo á Dios como Víctima. En ninguna ocasión la voz de la muerte impresionó tan vivamente á Jesús como en el huerto de los Olivos, apesar de que El la había previsto desde el primer instante de su vida, porque fué entonces precisamente

(1) Rom., II, 21, 2.

(2) *Esto consentiens adversario tuo cito dum es in via cum eo: ne forte tradat te adversarius judici, et iudex tradat te ministro, et in carcerem mittaris. Amen, dico tibi, non exies inde, donec reddas novissimum quadrantem.* (Matth., V, 25, 26).

cuando se vió obligado á dar un consentimiento más explícito al decreto dado por su Padre: *Non mea voluntas, sed tua, fiat*; del mismo modo en el templo fué en donde María sintió más vivamente los padecimientos de su querido Hijo, porque cabalmente en el templo fué en donde Ella tuvo que abandonarle solemnemente á la justicia de Dios, y á la crueldad de los hombres. Entonces experimentó en su alma una lucha muy parecida á la agonía del Salvador; el celo abrasador que Ella sentía por nuestra salud, luchando en su corazón con la extrema ternura con que amaba á su divino Hijo, le desgarraba cruelmente su alma por encastrar movimientos tan contrarios. ¡Oh María! ¡Cuántas lágrimas habéis derramado, y cuántas angustias habéis sufrido por nosotros! ¿Cómo osaremos invocaros, nosotros que os hemos causado tan crueles tormentos? A pesar de nuestros crímenes nos amáis siempre, porque nos ama constantemente vuestro Hijo. Sed, pues, siempre con El nuestra poderosa mediadora y nuestra Madre. Obtenednos que jamás ofendamos su divino Corazón, sino que como Vos, lo sigamos con fidelidad hasta el pie de esta Cruz en donde hoy os contemplamos.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Jesús será la ruina de muchos.*—El Salvador de los hombres ser causa de su condenación, y no de algunos sino de un muy crecido número! Triste misterio de la perversidad humana. Los que no satisfacen la infinita misericordia, esta les condena. ¡Oh Jesús, para cuántos, aun en nuestros días sois piedra de escándalo!... El exceso de vuestra bondad es el exceso de sus crímenes.

PUNTO SEGUNDO.—*Jesús será blanco de contradicción.*—El lo fué durante su vida y en todo sentido, y lo es todavía en nuestros días. Sus milagros, su doctrina, su dulzura.... todo en El ha sido y es combatido. ¡Qué horrible contradicción sobre el Calvario! Allí por lo menos no era conocido.... desear las alabanzas, huir las humillaciones, rehusar negarse á sí

mismo y á llevar su cruz, es contradecirle; y ¿no es esto lo que yo hago continuamente?

PUNTO TERCERO.—*El alma de María será traspasada con una espada de dolor.*—El martirio de la augusta Virgen ha empezado. Conocía perfectamente lo que le costaba el honor de tener por Hijo al Redentor del mundo. Pero ¡hay! ¡Cuántos sufrimientos no vienen á aumentar los que entonces sufrió María! Presentar á Jesús al templo es abandonarle á la justicia de Dios y á la crueldad de los hombres.... ¡Oh María que de lágrimas habéis derramado, qué de angustias habéis padecido por nosotros!